

La brújula y el hilo

Félix Joaquín Galván-Díaz

I

Solo agitó la cabeza para decirle que no. No contemplaron esa variable en el diseño del plan. El mundo se quebró en un instante. Las paredes de madera se desgarraban a su alrededor. Sus oídos temblaban sin piedad. Intentaba mantener la compostura antes de que el estruendo lo arrebatara de la realidad. Se levantó del asiento. La capilla le pareció hermosa desde la primera vez que entró; aunque nunca alcanzó a dimensionar el misterio que evocaba. Los acordes del órgano seguían retumbando. Sufrió un breve mareo, sintió el vómito acumularse en la boca de su estómago. El pastor lo saludó, él le respondió con la cabeza. Se conocían hacía algún tiempo y, desde que su presencia se hizo contante, se dirigieron un gesto fraternal pese a que ambos sabían que nunca puso un pie en ese lugar con honestidad desmedida. Sin embargo, esa extrañamente cálida mañana de invierno asistió con fe, con el ánimo agradecido de quien conquistó el infinito, de quien recibió la bendición de las estrellas. Caminó por el pasillo que se reflejaba como un fractal. La alfombra verde no podía disimular el sonido de sus pasos que replicaban el honor desmesurado de su sangre. A la salida aguardaba el pastor, quien les daba la mano a los asistentes para despedirse, tal vez como señal de salvación.

—We haven't seen you here in a while.

—Sorry, friend. I was dealing with some stuff.

La fría Cambridge colmada de nieve se extendía hasta donde la oscuridad permitía a sus ojos cansados apreciar. Llevó la mano a su abrigo. Acarició el pequeño

estuche aterciopelado en su bolsillo; sonrió con la justicia de las eras que alcanzaba a anticipar en el horizonte sin color. No se trataba de la pieza antigua que pasó de generación en generación en su familia vieja, pero le pertenecía. Además, interpretó la joya como un augurio de buena fortuna: podría escribir una historia diferida, a su propio tiempo, con su más íntima convicción y junto a quien amaba en la simpleza y solemnidad sin medidas del cariño más honesto. Así se lo dijo una vez, sin lágrimas, con determinación:

—Te mereces el amor más sincero, querido. Nunca te conformes con menos; nunca estés con alguien que no te maraville a diario; nunca sufras a nadie que no crea que ya eres alguien.

No titubeó al articular, no dudó ni un solo segundo frente al pánico que le carcomía la entraña. Permitió que las palabras fluyeran en ese torrente incontenible que le anticipaba que el futuro jugaría a su favor: interpretó signos, señales; estudió la bóveda y los libros. Creyó que nada eludiría su diseño. No era arrogante: solo tenía una fe absoluta.

Miró su reloj. Ya lo esperaba. Dijo que tardaría poco y, como en pocas circunstancias, el tiempo se le escurrió entre los dedos. Consideró tomar el metro. Prefirió caminar para repasar su discurso, aunque sabía, muy en el fondo, que al final le hablaría de otra manera porque frente a él sus palabras se atrofiaban, se transformaban, decían la verdad sin ningún arreglo, sin ningún reparo, sin ninguna falsedad.

II

La realidad mutó en un segundo imperioso: el cambio sobrevino como una avalancha de recuerdos inconexos, como un torbellino de imágenes rotas, como un ciclón de deseos confundidos y azorados. Les pareció que el precioso hilo que mantenía los acontecimientos unidos y que los condujo hasta ahí se quebró sin aviso en un abrir y cerrar de ojos: la misma fibra que soportó la agonía, que atesoró la esperanza, que tejió en secreto frente a sus narices, que vibró en silencio hasta acariciar su oído, cuyo destino notaron demasiado tarde para detenerlo, parecía no resistir más. Marcos Pissicelli —quien siempre llevaba prisa— quiso adelantar el ritmo, aunque no se encontraba listo para la conclusión; Elías Espinosa —cuya convicción más santa era buscar la precisión— intentó ganar algo de terreno. No obstante, la esperanza se les transformó en arrogancia por un momento. Sintieron cómo el hilo se tensó, intuyeron su imparable ruptura. Sin embargo, ninguno atendió las señales; tampoco ninguno supo que el hilo resistiría, que se prolongaría al infinito: se hallaban

entrelazados por el resto de sus días —incluso en la eternidad y en cualquier universo— por una hebra inquebrantable que, de vez en cuando, se ensortijaría, que en otras ocasiones fluiría como un río en calma.

Pasaron unas semanas después del incidente del Fenway. Pissicelli no lo nombraba, como si eludirlo tuviera el poder de conjurarlo de la realidad. Espinosa mantenía la calma, quería parecer fresco. Ninguno de los dos apreciaba la tensión que se acumulaba a su alrededor y que los engulliría a la menor provocación. Elías, como algunos domingos —dejó de asistir religiosamente cuando decidió que Marcos debía sentir su ausencia— acudió al servicio de los múltiples credos. Se encontraron a la salida. Era uno de los últimos días del otoño.

—Pissi —odiaba que recortara su apellido, al final era argentino: orgulloso varón de deformado mote italiano, heredero de los gauchos y fanático desmedido de la buena carne—, ¿quieres ir a caminar?

—¡Dale! Vamos a dar la vuelta. ¿Te apatece ir a Somerville?

—Vamos, pues.

Espinosa trataba de burlar el paso acelerado de Pissicelli. El segundo siempre corría, solo lo veían andar a un ritmo razonable cuando iba con el primero. Marcos deseaba alterar el ir y venir de los minutos para que sus ambiciones, muchas, caóticas, inestables, cupieran en lapsos que se reducían frente a su atónita mirada cada que se adjudicaba una nueva empresa. Llegaron al café. Elías pidió un chocolate caliente, solo eso tomaba. Marcos un capuchino, extraño en él: especialista en expreso y mate aromatizado. Se sentaron juntos.

La conversación fluía. Ninguna palabra se precipitaba sobre la mesa ni ningún fonema escapaba de ellos; los cachaban en el aire, les daban un par de giros, los devolvían con una pequeña variante. Estos dos pudieron haber seguido al infinito, pero cada vez oscurecía más temprano. Espinosa los invitó a retirarse. Pissicelli accedió, tomó el liderazgo y marcó la ruta larga. Hacía eso a menudo: tomar el camino extenso para aletargar los minutos y dedicarle más espacio al mexicano. Elías lo notaba: no era idiota. Sabía cómo lo miraba, cómo lo escuchaba, cómo lo seguía; sin embargo, optaba por ser cauto: no quería perderlo. Espinosa ya había dado el primer ataque, le tocaba a Pissicelli responderlo más allá de la estulta ambigüedad a la que lo forzaba su cobardía. Fue como si ambos llamaran al destino con el pensamiento.

—Recuérdame el verso intraducible de Dante que tanto te gusta —preguntó el argentino.

—Amor ch'a nullo amato amar perdona.

Pissicelli se acercó, el cielo estaba a punto de romperse sobre sus cabezas. Sus labios se encontraron, eran suaves, sabían a hogar. Espinosa le correspondió el beso frente a Lamont, donde el argentino pasó jornadas, noches enteras, trabajando para «ser alguien». Tras sus fatídicas semanas, le encantaba pasar el rato con el Elías:

solo él, a pesar de todo, continuaba repitiéndole que ya era alguien, incluso cuando no había muestra tangible de ello. Se separaron cuando cayeron las primeras gotas de lluvia. Fue entonces que escucharon el precioso hilo tensarse, ahí sus oídos irresueltos supusieron que la fuerza se concentró tanto que lo rompió.

III

Sin anticiparlo ni esperarlo, se convirtieron en el ancla el uno del otro. Empero, el torpe orgullo de Pissicelli, combinado con la inclinación natural al juego y a los acertijos de Espinosa, los alejó desde el momento en que se separaron a la entrada del Music Building después de su beso cerca de Lamont. Ambos sufrieron, pero ninguno iba a reconocerlo primero: eran hombres testarudos que querían parecer fuertes, aunque eso conllevara su destrucción.

Espinosa conoció a alguien una tarde frente a Widener. El tipo lo golpeó con un frisbee: era rubio, alto, de figura atlética y con un extravagante apego al español que lo obligó a seguir a Elías aun cuando sabía que nunca le pertenecería por completo. Se llamaba Griffin O'Reilly, de familia irlandesa. Cuando Griffin conoció a Marcos, el argentino comenzó a planear la visita de su novia, Emilia, para desligarse de lo que ocurría. Detestaba al «yankee» —como él lo llamaba—, sin embargo, no se propuso hacer nada al respecto: sabía que podía arrebatarlo del mundo contingente de Elías, y esa mera posibilidad lo aterraba porque equivalía a reconocer que deseaba pasar una vida junto al mexicano.

IV

Compartían todo el tiempo que podían. El nuevo otoño había terminado. Las cosas parecían ordenarse con un insufrible ritmo. Pissicelli odiaba al yankee; detestaba su español y se lo hacía saber hablando rápido, tropezado, con el tono y el léxico propios de los cordobeses para extraviarlo, para mostrarle que solo se trataba de un invasor. Espinosa no prestaba atención, puso el piloto automático en cuanto creyó que Marcos tomó una decisión irrevocable. Ambos ignoraban que el libro sobre sus cabezas los haría perder el norte, confundir el sentido de a poco. Además, sin saberlo, habitaban en el porvenir.

Ese día salían de una conferencia sobre peronismo. Tenían que eludir el tema porque, aunque lo negara, Pissicelli era un aguerrido kirchnerista; mientras que Espinosa era un cínico, como todos los suyos. El musicólogo y el remedo de filólogo caminaban juntos como si el mundo exterior se hallara detenido y el cronotopo solo lo habitaran ellos dos. La gente lo notaba, incluso O'Reilly, quien doblaba en astucia a ambos: tanta era su sagacidad que a un hombre tan inteligente como Espinosa había que amarlo sin más, tenerle suelta la correa y permitirle todo en absoluto. El mexicano nunca aceptó esa lógica, renegaba de ella; sin embargo, tampoco se dio cuenta de que regía más de la mitad de sus vínculos humanos.

Acompañó a Marcos hasta el aparcadero de bicicletas. Este cogió una. Se despidieron con un abrazo que, sin lugar a dudas, pudo transformarse en un beso, en una muestra de cariño sin reservas; porque así se amaban: con la honestidad más pura y, por lo tanto, la más y la menos arrogante en paradójico absoluto. Nunca se mintieron, ignoraban que siempre un engaño comienza las cosas. Marcos salió aprisa. Elías escuchó el golpe, corrió a Oxford. Estaba tendido, creyó ver sangre, comenzó a gritar.

V

No se separó de él. En unos cuantos días, su cabello se volvió platinado. Las hebras blancas que empezó a acumular el primer otoño —de las cuales, con cierto resentimiento juguetón, solía afirmar: «solo Marcos logró sacarme canas»— poblaron su cabeza hasta casi erradicar la negrura. No se movió del hospital, ni siquiera cuando Griffin O'Reilly le ofreció suplirlo para que tomara aire fresco, se diera una ducha y dejara su dieta basada en lo poco que las máquinas expendedoras le proveían, además de café sin esencia.

El mexicano se hizo amigo de los médicos, lo saludaban. Una enfermera salvadoreña le dio acceso a las duchas del personal cuando le pareció que lucía demasiado sucio. Ninguno de los empleados podría referir que lo vio dormir. Aun ahora, después de tantos años, si le preguntáramos a los asistentes al espectáculo si lo observaron cerrar los ojos durante su estancia en ese lugar, dirían que no. Quizá mentirían, sin embargo, su dulce engaño escondería una profunda verdad: Elías Espinosa no quería que Marcos Pissicelli despertara en un mundo que no lo aguardaba.

Despertó porque la vida es cruel, pero no tanto, más bien, es socarrona. Como desde el día cero, Elías demostró lo mucho que lo buscaba: se diría que su aguardar taciturno convenía en la lógica extensión de las veces que trató de llamarlo, del esfuerzo que imprimió —sin esperar más nada— durante tanto tiempo que solo

podía describirse como un ingenuo. Marcos lo miró. El tiempo infinito que se precipitó en unos cuantos días dejó su huella imborrable en Elías. Así se mide el tiempo: con la tensión. Creyó que había envejecido, luego Espinosa le sonrió y notó que la verdad se perfilaba distinta: supo que el vaivén voraz consumió el cabello de Elías porque, mientras él dormía, el hombre por el que pudo arriesgar cuanto conocía vivió en un futuro de brutalidad desoladora, en una época dislocada.

—¡Qué gusto verte! —Espinosa de los Monteros no logró contener las lágrimas.

—¿Cuánto tiempo?

—Menos del que te imaginas, hijo de puta.

Lo abrazó, se acostó sobre su pecho, los médicos colmaron poco a poco la habitación con profundo olor a desinfectante. Ninguno siquiera consideró apartar a Elías del lecho. Incluso en la frialdad de su profesión sabían que había momentos cuya solemnidad garantizaba que cualquier atentado contra ellos resultaría en una violación a la naturaleza más primitiva.

Le dieron el alta en un par de días con una pierna rota. Griffin ayudó a llevarlo a su apartamento en Porter Square. Elías se dedicó a cuidarlo. Aunque veían al irlandés a diario, se convirtió en un espectro. Parecía que Espinosa no se percataba de su presencia. Le ocurrió lo que suele suceder con hombres como él: ponen demasiada atención en un punto y dejan de medir su entorno. El hombre que se olvidaba de comer porque cualquier cosa lo distraía dedicó sus días, sus horas, a atender a Pissicelli. Se valió de alarmas, notas, recordatorios escritos en las palmas y dorsos de sus manos. Dormían juntos: después de tanto, de un cúmulo de ruegos estridentes que se perdían en la intensidad del deseo sofocado por la razón estulta, se amaron sin medidas ni recelos.

VI

Las personas que algún día creyeron que no conocerían se encontraban cada vez más cerca. La vida que añoraron con incierta paciencia se hallaba a la expectativa. Los hijos que soñaron se preparaban para habitar el mundo. No tenían ningún itinerario, solo sueños. Espinosa, Elías Federico Espinosa de los Monteros Olavarrieta entró en una joyería antes de ir a la iglesia. Compró un anillo nuevo. No quería usar el de su familia, aunque era su derecho de nacimiento: Marcos también lo era. A su juicio, Marcos Pissicelli merecía una joya que fuera solo para él, sin pasado, sin historia, solo abierta al porvenir, dispuesta para reclamar un relato que nunca antes fue inaugurado pero que ya existía pues se hallaba escrito con tinta de oro en los anales

circulares del tiempo. Ese anillo le pertenecería solo a él y nunca nadie discutiría su privilegio (o favor) porque sellarían el pacto en la lengua de la profecía.

El plan les parecía perfecto. No se lo comunicaron, pero cada célula en cada uno de sus cuerpos lo sabía: la esperanza secreta colmaba sus acciones. Aunque ambos padecían de la visión de túnel que los conducía sin remedio a ignorar cómo diferir el mundo, a obviar la interpretación de su entorno, pudieron maquinarse un curso que los conduciría a la meta. Sus sangres —la cordobesa, la mexicana, los antiguos linajes que dejaron huella en ellos— les otorgaron la voluntad de nunca dejarse vencer por nada, de siempre distinguir el horizonte aun cuando las nubes lo quebraban, incluso más cuando el horizonte mismo proyectaba los embelecados. Eran dueños del agrídulce deseo de poder volcarse al vaciadero —forma elegante de nombrar al arte y a la creación, si se quiere—, al encuentro íntimo de todos los dolores. «Se lo diré en la lengua de mi padre», pensó con melancólica voluntad, «después encenderé una vela en cada altar de Cambridge», prometió.

Sintió el estuche en el bolsillo de su abrigo. Entró a la iglesia, se sentó donde siempre, en el lugar desde el cual vio a Marcos desfilarse tantas veces en la columna izquierda del coro, con su toga negra, con su libro en las manos, el más bajo del grupo, el de la barba bien cuidada y el cabello corto. Suspiró como quien ha descubierto la gloria. Pissicelli hizo lo mismo en el apartamento donde lo esperaba ansioso: le preocupaba que cayera y la nieve lo aplastara. Espinosa era torpe, siempre tropezaba porque nunca le enseñaron a ver el camino y, desde la cuna, lo educaron para caminar con la frente en alto, para emular y guardar el noble orgullo de su pueblo. Escuchó, agradeció con sinceridad a un poder más allá de lo tangible. Se marchó después de despedirse, optó por caminar para repasar en su mente lo que le diría, para construir una expectativa tan alta que —los ingenuos creerían— ninguna realidad podría satisfacerla y que, sin embargo, quedaría saldada con la sonrisa que Marcos le obsequiaría una vez que terminara la propuesta. Cogió el teléfono, se quitó un guante para marcar.

—Pissi, ¿cómo vas?

—Te estás tardando.

—Pase por unas cosas, ¿necesitas algo?

—No. Volvé, querido.

—Llego pronto.

—Te amo.

—Yo te amo a ti.

Siguió su camino. Llegar a Porter Square nunca le pareció tan rápido. Subió por las escaleras, se rio un poco al recordar las veces que casi cayó por ellas. Contó cada escalón en su mente. El barandal le pareció débil, intentó probarlo imprimiéndole mucha fuerza. Este crujió. Abandonó la empresa por el miedo que le produjo la

sombra de la muerte. Siguió su camino. No tocaba, Marcos le dio una llave. Elías introdujo la pequeña pieza de bronce en la ranura, le dio una vuelta, el pestillo se soltó. Estaba ahí, sentado a la mesa, frente a él. Estaban ahí, la imagen se expandió, el lente se dilató, comprendió el panorama, quedó atónito. Distinguió a Emilia. No debía encontrarse en esa habitación. Pissicelli solo agitó la cabeza para decirle que no. Ninguno de los dos, en su plano perfecto, contempló ese minúsculo evento como parte de la cadena de sucesos. Desafortunadamente, no habitaban el universo en el que esa variable no existía, sino en el que una serie de hechos paralelos, que se negaron a admirar, les jugó en contra. El mundo se quebró en un instante, en una vertiginosa y acelerada conmoción. El plan cambió sin que pudieran evitarlo ni comprenderlo.

—Hola, amor —la voz firme de Griffin se escuchó detrás suyo. Apareció de entre las sombras como un gato montés—. Con todo, olvidaron llamarle a Emilia. Le he avisado.

—¿Cuándo llegaste? —interrogó mientras intentaba ocultar su desesperación.

—Hace cinco minutos. Griffin fue por mí al aeropuerto. Queríamos darles una sorpresa.

—Adorable —musitó y echó un bufido.

Los corazones de Espinosa y Pissicelli se detuvieron al unísono. Ambos contuvieron las lágrimas en un respiro que selló el cauce del tiempo y le permitió a la línea cronológica continuar su andar anodino y precipitado. Cenaron, conversaron, se rieron como si las cosas, como si el mundo, como si el horizonte de eventos se desarrollara con naturalidad. Adentro los inflamaba un dolor indecible, el dolor supremo, el inefable, el que tiene un nombre secreto capaz de destrozarse todo a su alrededor, el que refracta y contiene la vida entera.

Al terminar, Elías tomó a Griffin de la mano y lo llevó al balcón. Marcos los observaba desde dentro, a través de la puerta de cristal. El anillo se disponía a ser usurpado. No se arrodilló, solo sacó el estuche azul de su bolsillo, lo abrió para revelar la joya única que muchos habrían matado por conseguir. No escuchó nada; por los gestos adivinó la respuesta. De las paredes escurría sangre y nadie supo por qué, ni cómo, ni cuándo, ni de dónde salió la daga. Griffin propuso ir a comprar champagne para celebrar. Emilia lo acompañó. Ellos se quedaron solos. No se mintieron, nunca lo hicieron, por eso se extraviaron: ninguna fundación se basa en la honestidad; toda brújula persigue una mentira. Se sentaron en el sofá. Unieron sus labios, el beso les supo a sal y a eternidad, el hilo se ensortijó sin romperse.



Las almas vienen de visita de la serie *Sueños en hojas de maíz* (2022). Acuarela:
Nayeli Guadalupe Gómez-Martínez.

Prohibida su reproducción en obras derivadas.

FÉLIX JOAQUÍN GALVÁN Díaz. Egresado de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) México. Maestro en Letras Hispanoamericanas por El Colegio de San Luis (COLSAN), México. Actualmente, adscrito a Harvard University, Estados Unidos Se interesa por las representaciones literarias de la memoria, el papel de la literatura en la formación de culturas del recuerdo, la relación entre violencia y literatura, y la teoría literaria latinoamericana.

Recibido: 14 de octubre de 2022

Aprobado: 1 de mayo de 2023